Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Discurso

Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio
para la Promoción
de la Nueva Evangelización 2011

Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización 2011

30 de mayo de 2011

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Cuando el pasado 28-6-2010, en las Primeras Vísperas de la Solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, anuncié mi voluntad de instituir un Dicasterio para la Promoción de la Nueva Evangelización, daba un cauce operativo a la reflexión que había llevado a cabo desde hacía largo tiempo sobre la necesidad de ofrecer una respuesta particular al momento de crisis de la vida cristiana que se está verificando en muchos países, sobre todo de antigua tradición cristiana. Hoy, con este encuentro, puedo constatar con agrado que el nuevo Consejo Pontificio se ha convertido en una realidad. Agradezco a monseñor Salvatore Fisichella las palabras que me ha dirigido, introduciéndome en los trabajos de vuestra primera Plenaria. Os saludo cordialmente a todos vosotros con el aliento por la contribución que daréis al trabajo del nuevo Dicasterio, sobre todo con vistas a la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que, en octubre de 2012, afrontará precisamente el tema ”Nueva evangelización y transmisión de la fe cristiana”.

El término ”nueva evangelización” recuerda la exigencia de una modalidad renovada de anuncio, sobre todo para aquellos que viven en un contexto, como el actual, donde el avance de la secularización ha dejado graves huellas incluso en países de tradición cristiana. El Evangelio es el anuncio siempre nuevo de la salvación obrada por Cristo para hacer a la humanidad partícipe del misterio de Dios y de su vida de amor, y abrirla a un futuro de esperanza fiable y fuerte. Subrayar que en este momento de la historia la Iglesia está llamada a realizar una *nueva* evangelización quiere decir intensificar la acción misionera para corresponder plenamente al mandato del Señor. El Concilio Vaticano II recordaba que «*los grupos en los que vive la Iglesia, con frecuencia y por diferentes causas, cambian totalmente, de modo que pueden surgir condiciones completamente nuevas*» (Decreto *Ad gentes*, 6). Con mirada clarividente, los padres conciliares contemplaron en el horizonte el cambio cultural que hoy es fácilmente verificable. Precisamente este cambio de situación, que ha creado unas condiciones inesperadas para los creyentes, requiere una atención particular para el anuncio del Evangelio, a fin de dar razón de la propia fe en realidades diferentes a las del pasado. La crisis que se experimenta conlleva los rasgos de la exclusión de Dios de la vida de las personas, de una indiferencia generalizada respecto a la fe cristiana misma, hasta el intento de marginarla de la vida pública. En las décadas pasadas todavía era posible encontrar un sentido cristiano general que unificaba el sentir común de generaciones enteras, crecidas a la sombra de la fe que había plasmado la cultura. Hoy, lamentablemente, se asiste al drama de la fragmentación que ya no permite tener una referencia unificadora; además, se verifica con frecuencia el fenómeno de personas que desean pertenecer a la Iglesia, pero que están fuertemente impregnadas por una visión de la vida en contraste con la fe.

Anunciar a Jesucristo, único Salvador del mundo, es más complejo actualmente que en el pasado; pero nuestra tarea permanece igual que en los albores de nuestra historia. La misión no ha cambiado, como tampoco deben cambiar el entusiasmo y la valentía que movieron a los Apóstoles y a los primeros

discípulos. El Espíritu Santo que los impulsó a abrir las puertas del Cenáculo, constituyéndolos en evangelizadores (cf. Hch 2,1-4), es el mismo Espíritu que mueve hoy a la Iglesia hacia un renovado anuncio de esperanza a los hombres de nuestro tiempo. San Agustín afirma que no se debe pensar que la gracia de la evangelización se difundió solo hasta los Apóstoles y que, con ellos, aquella fuente de gracia se agotó, sino que «*esta fuente se manifiesta cuando fluye, no cuando deja de manar. Y fue así como, a través de los Apóstoles, la gracia llegó también a otros, que fueron enviados a anunciar el Evangelio... Es más, ha continuado llamando hasta estos últimos días a todo el cuerpo de su Hijo Unigénito, esto es, a su Iglesia, extendida por toda la tierra*» (*Sermón* 239, 1). La gracia de la misión necesita siempre nuevos evangelizadores capaces de acogerla, a fin de que el anuncio salvífico de la Palabra de Dios no desfallezca en las cambiantes condiciones de la historia.

Existe una continuidad dinámica entre el anuncio de los primeros discípulos y el nuestro. En el curso de los siglos, la Iglesia jamás ha dejado de proclamar el misterio salvífico de la muerte y resurrección de Jesucristo, pero ese mismo anuncio tiene hoy necesidad de un vigor renovado para convencer al hombre contemporáneo, a menudo distraído e insensible. Por eso la nueva evangelización deberá encargarse de encontrar los caminos para hacer más eficaz el anuncio de la salvación, sin el cual la existencia personal resulta contradictoria y carente de lo esencial. También para quien sigue vinculado a las raíces cristianas, pero vive la difícil relación con la modernidad, es importante comprender que ser cristiano no es una especie de vestido que se lleva en privado o en ocasiones particulares, sino que se trata de algo vivo y totalizante, capaz de asumir todo lo que de bueno existe en la modernidad. Confío en que, en el trabajo de estos días, tracéis un proyecto capaz de ayudar a toda la Iglesia y a las distintas Iglesias particulares en el compromiso de la nueva evangelización; un proyecto en el que la urgencia de un anuncio renovado se refleje en la formación, en especial de las nuevas generaciones, y se conjugue con la propuesta de signos concretos adecuados para hacer evidente la respuesta que la Iglesia pretende ofrecer en este momento peculiar. Si, por un lado, toda la comunidad está llamada a revitalizar el espíritu misionero para hacer el nuevo anuncio que esperan los hombres de nuestro tiempo, no se puede olvidar que el estilo de vida de los creyentes necesita una credibilidad genuina, tanto más convincente cuanto más dramática sea la condición de aquellos a quienes se dirigen. Por ello queremos hacer nuestras las palabras del siervo de Dios Pablo VI, cuando afirmó a propósito de la nueva evangelización: «*Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo; es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo; en una palabra, de santidad*» (Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 41).

Queridos amigos, invocando la intercesión de María, Estrella de la evangelización, para que acompañe a los portadores del Evangelio y abra los corazones de quienes escuchan, os aseguro mi oración por vuestro servicio eclesial e imparto a todos vosotros la bendición apostólica.

Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Discurso

Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio
para la Promoción
de la Nueva Evangelización 2011

Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización 2011

30 de mayo de 2011

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Cuando el pasado 28-6-2010, en las Primeras Vísperas de la Solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, anuncié mi voluntad de instituir un Dicasterio para la Promoción de la Nueva Evangelización, daba un cauce operativo a la reflexión que había llevado a cabo desde hacía largo tiempo sobre la necesidad de ofrecer una respuesta particular al momento de crisis de la vida cristiana que se está verificando en muchos países, sobre todo de antigua tradición cristiana. Hoy, con este encuentro, puedo constatar con agrado que el nuevo Consejo Pontificio se ha convertido en una realidad. Agradezco a monseñor Salvatore Fisichella las palabras que me ha dirigido, introduciéndome en los trabajos de vuestra primera Plenaria. Os saludo cordialmente a todos vosotros con el aliento por la contribución que daréis al trabajo del nuevo Dicasterio, sobre todo con vistas a la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que, en octubre de 2012, afrontará precisamente el tema ”Nueva evangelización y transmisión de la fe cristiana”.

El término ”nueva evangelización” recuerda la exigencia de una modalidad renovada de anuncio, sobre todo para aquellos que viven en un contexto, como el actual, donde el avance de la secularización ha dejado graves huellas incluso en países de tradición cristiana. El Evangelio es el anuncio siempre nuevo de la salvación obrada por Cristo para hacer a la humanidad partícipe del misterio de Dios y de su vida de amor, y abrirla a un futuro de esperanza fiable y fuerte. Subrayar que en este momento de la historia la Iglesia está llamada a realizar una *nueva* evangelización quiere decir intensificar la acción misionera para corresponder plenamente al mandato del Señor. El Concilio Vaticano II recordaba que «*los grupos en los que vive la Iglesia, con frecuencia y por diferentes causas, cambian totalmente, de modo que pueden surgir condiciones completamente nuevas*» (Decreto *Ad gentes*, 6). Con mirada clarividente, los padres conciliares contemplaron en el horizonte el cambio cultural que hoy es fácilmente verificable. Precisamente este cambio de situación, que ha creado unas condiciones inesperadas para los creyentes, requiere una atención particular para el anuncio del Evangelio, a fin de dar razón de la propia fe en realidades diferentes a las del pasado. La crisis que se experimenta conlleva los rasgos de la exclusión de Dios de la vida de las personas, de una indiferencia generalizada respecto a la fe cristiana misma, hasta el intento de marginarla de la vida pública. En las décadas pasadas todavía era posible encontrar un sentido cristiano general que unificaba el sentir común de generaciones enteras, crecidas a la sombra de la fe que había plasmado la cultura. Hoy, lamentablemente, se asiste al drama de la fragmentación que ya no permite tener una referencia unificadora; además, se verifica con frecuencia el fenómeno de personas que desean pertenecer a la Iglesia, pero que están fuertemente impregnadas por una visión de la vida en contraste con la fe.

Anunciar a Jesucristo, único Salvador del mundo, es más complejo actualmente que en el pasado; pero nuestra tarea permanece igual que en los albores de nuestra historia. La misión no ha cambiado, como tampoco deben cambiar el entusiasmo y la valentía que movieron a los Apóstoles y a los primeros discípulos. El Espíritu Santo que los impulsó a abrir las puertas del Cenáculo, constituyéndolos en evangelizadores (cf. Hch 2,1-4), es el mismo Espíritu que mueve hoy a la Iglesia hacia un renovado anuncio de esperanza a los hombres de nuestro tiempo. San Agustín afirma que no se debe pensar que la gracia de la evangelización se difundió solo hasta los Apóstoles y que, con ellos, aquella fuente de gracia se agotó, sino que «*esta fuente se manifiesta cuando fluye, no cuando deja de manar. Y fue así como, a través de los Apóstoles, la gracia llegó también a otros, que fueron enviados a anunciar el Evangelio... Es más, ha continuado llamando hasta estos últimos días a todo el cuerpo de su Hijo Unigénito, esto es, a su Iglesia, extendida por toda la tierra*» (*Sermón* 239, 1). La gracia de la misión necesita siempre nuevos evangelizadores capaces de acogerla, a fin de que el anuncio salvífico de la Palabra de Dios no desfallezca en las cambiantes condiciones de la historia.

Existe una continuidad dinámica entre el anuncio de los primeros discípulos y el nuestro. En el curso de los siglos, la Iglesia jamás ha dejado de proclamar el misterio salvífico de la muerte y resurrección de Jesucristo, pero ese mismo anuncio tiene hoy necesidad de un vigor renovado para convencer al hombre contemporáneo, a menudo distraído e insensible. Por eso la nueva evangelización deberá encargarse de encontrar los caminos para hacer más eficaz el anuncio de la salvación, sin el cual la existencia personal resulta contradictoria y carente de lo esencial. También para quien sigue vinculado a las raíces cristianas,

pero vive la difícil relación con la modernidad, es importante comprender que ser cristiano no es una especie de vestido que se lleva en privado o en ocasiones particulares, sino que se trata de algo vivo y totalizante, capaz de asumir todo lo que de bueno existe en la modernidad. Confío en que, en el trabajo de estos días, tracéis un proyecto capaz de ayudar a toda la Iglesia y a las distintas Iglesias particulares en el compromiso de la nueva evangelización; un proyecto en el que la urgencia de un anuncio renovado se refleje en la formación, en especial de las nuevas generaciones, y se conjugue con la propuesta de signos concretos adecuados para hacer evidente la respuesta que la Iglesia pretende ofrecer en este momento peculiar. Si, por un lado, toda la comunidad está llamada a revitalizar el espíritu misionero para hacer el nuevo anuncio que esperan los hombres de nuestro tiempo, no se puede olvidar que el estilo de vida de los creyentes necesita una credibilidad genuina, tanto más convincente cuanto más dramática sea la condición de aquellos a quienes se dirigen. Por ello queremos hacer nuestras las palabras del siervo de Dios Pablo VI, cuando afirmó a propósito de la nueva evangelización: «*Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo; es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo; en una palabra, de santidad*» (Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 41).

Queridos amigos, invocando la intercesión de María, Estrella de la evangelización, para que acompañe a los portadores del Evangelio y abra los corazones de quienes escuchan, os aseguro mi oración por vuestro servicio eclesial e imparto a todos vosotros la bendición apostólica.